

gan a “los juegos sagrados de la noche”, y mientras se aman “sobre alguna ciudad desconocida cae la lluvia”.

Todo nos remite a algo remoto, a los principios de las cosas. Prevalece la añoranza de la idea platónica, de la inocencia perdida y de lo exótico.

IRONÍA

*Ante el obstinado embate del
pájaro
contra el cielo falso de la
vidriera
no cabe
ironía*

PARAÍSO

*Infancia
vuelta a encontrar, al morder
una fruta
en su sabor olvidado*

Así, fugaces sensaciones, ideas o imágenes se convierten en poemas, no tanto por lo que en sí dicen, como por la forma escueta en que son registradas. La austeridad misma se erige en virtud, en un país donde la palabrería es norma y donde el poeta ha sido ante todo un retórico algo más refinado que el orador. En la parquedad, que para algunos será decepcionante, de Arango hay una crítica implícita, como la hay también en su actitud hacia el medio literario: no participa en concursos, no publica en los suplementos y no concede entrevistas, lo que para Mutis equivale a “mantenerse dentro de lo primordial”. Cabe preguntarse: ¿Están entonces los que no siguen el silencioso ejemplo de Arango dentro de lo secundario y lo superfluo?

¿Pero es realmente “primordial” clavar un clavo ya clavado, y sin mayor fuerza? La infancia puede ser como el paraíso, y los sabores, como los olores, nos devuelven por momentos el pasado. Decirlo así, escuetamente ¿es poesía? No existe una definición de la poesía que pueda cubrir los miles de variados esfuerzos poéticos individuales del mundo entero, por lo tanto nada se puede excluir *a priori*. El autor propone, el lector se entrega o no a la labor de descifrar la obra.

Poemas como *Paraíso* o como *Ironía* apenas dan margen para un eco. Aisladamente son poca cosa. Pero en *Signos* tienen un lugar. Son imágenes evocadoras, hallazgos del poeta que percibe —y trata de comunicar a su modo— el misterio, en la noche, en los sordos, en el viento, en las calles, en la maleza de un baldío, en los sueños y ensueños, en la mujer y en la propia sangre. Hay respeto hacia la vida y hay valor y riqueza en *Signos*, un libro que logra imponer una visión poética, y en *Costumbres de las palomas*. Éste, que fue publicado en Aquarimántima, como *Pensamientos de un viejo* —sobre todo este— muestran que Arango estaría ahora en búsqueda de una poesía más verbosa, incluso comprometida, más afín a la de Patchen o a la de Merton. El último poema propio (*Vendados y desnudos...*) demostraría que Arango se está alejando de la poesía.

Las traducciones de Trakl —ignoro si del alemán o indirectamente del inglés, lo que las convertiría en versiones— nos revelan la importante influencia que ha tenido en Arango, y en poetas como Juan Manuel Roca, la visión expresionista. Las de los poetas norteamericanos no dicen nada sobre su poesía, aunque es obvio que ésta se puede clasificar dentro de la que afortunadamente ha sido más influida por la poesía anglosajona. La escasa pertinencia de estas traducciones se debe probablemente a un deseo de difundir la obra de poetas poco conocidos en el país en diferentes épocas y por diversas razones. Su escogencia no habla muy bien del gusto del poeta.

Yo habría preferido leer solamente *Signos*, con una disposición tipográfica más ordenada y generosa, que le diera a cada poema, por corto que fuera, su propio espacio. Lo demás, a mi juicio, son arandelas que distraen.

NICOLÁS SUESCÚN

Florida, explayada, frondosa palabra

Epitafio de Piedra y Cielo...

y otros poemas

Carlos Martín

Serie La Granada Entreabierto, 35

Instituto Caro y Cuervo.

Bogotá, 1984, 139 páginas

Carlos Martín es uno de los poetas de Piedra y Cielo, esa generación que irrumpió en el país a mediados de los treinta. Y aquí, en este libro de elegías, enfrenta como temas a sus compañeros de generación y a algunos otros personajes —Bernardo Ferreira, Gaitán Durán, Cote Lamus, Alzate Avendaño— para colocarles unas “lápidas de afecto”.

Los mejores poemas de la literatura colombiana han sido escritos por jóvenes; la mayoría de los libros y revistas de poesía que se publican en el país hoy en día son hechos por jóvenes; con la única excepción de Jaime Jaramillo Escobar, todos los premios nacionales de poesía han sido adjudicados a poetas menores de cuarenta años. Por todo esto, son raros los libros que se publican de poetas mayores, como este de Carlos Martín, poeta joven hace más de cuarenta años.



Escrito dentro de un esquema que hizo célebre Edgar Lee Masters —a quien rinde explícito homenaje en dos hermosos epígrafes, uno de los cuales le sirve de *leitmotiv*: “todos están durmiendo en la colina”—, este *Epitafio de Piedra y Cielo* sirve para confirmar el repertorio de virtudes y defectos de la poesía colombiana, de sus rupturas y avances, con el rasero de los poemas de un escritor maduro y culto.

Si se observa la poesía escrita en español como un todo, puede verse cómo el piedracielismo marca en Colombia el tránsito del reino de Rubén Darío al reino de Neruda. Ellos encarnan en Colombia lo que a otros niveles fueron Cernuda y Salinas, Lorca y León Felipe, Gil Albert y Hernández. Las vanguardias habían pasado por Colombia casi sin romperse ni mancharse; Valencia era el candidato a la presidencia y hacía treinta años había construido sus poemas. Piedra y Cielo tenía por qué sentirse nuevo, y no es extraño —ahora lo parece— que Eduardo Carranza proclame en el prólogo de este libro: “Debo decir, de paso, que yo, orgulloso capitán de Piedra y Cielo, profesé siempre, contra viento y marea, la ufanía de mi generación poética, a la que considero, como tal generación homogénea, la más importante en la historia de la poesía colombiana”. Carranza hace la lista de piedracielistas como para demostrar lo indiscutible. Esas cosas no se discuten. A otro tampoco le discutiría que la más importante fue la generación de Charry, Gaitán, Cote, Mutis, Rogelio Echavarría, Arbeláez, Rojas Erazo. También indiscutible. Lo esencial de la afirmación de Carranza es ese *esprit de corps*, esa cohesión de grupo que sólo se repetirá después con los nadaístas y que para las circunstancias de hoy no parece ni útil ni posible a los poetas. En las elegías de Carlos Martín, esta solidaridad piedracielista se define como “aquel inmenso corazón unánime, en busca de una melodía coral”.

Carranza, en la nota inicial, enuncia los nombres que componen la generación, comillas, más importante de la poesía colombiana. Ellos son “Tomás Vargas Osorio, Jorge Rojas, Gerardo Valencia, Antonio Llanos, Aurelio Arturo, Darío Samper, Eduardo Carranza y Carlos Martín”. A cada uno dedica Martín su elegía en este libro.

De los nueve, para el lector de hoy tienen algún significado Eduardo Carranza y Aurelio Arturo (en caso de que se admita que éste era piedracielista). Los demás, Mar-

tín incluido, forman esa segunda línea, borrosa, que completa la escena con la comparsa. Esto no quiere decir nada con respecto a su obra en sí, y apunta más al grado de difusión y conocimiento en la hora actual de la poesía colombiana. Además, el hecho tiene otra connotación: durante este siglo cada diez años se han ido relevando grupos generacionales de ocho o diez poetas de calidad muy digna. Nada grande, salvo cuatro o cinco momentos, cuatro o cinco nombres en total. Pero sí un número apreciable de buenos poetas, de hombres que poseen su pequeña isla de lenguaje más o menos conjugable con las retóricas que tuvieron la (des)gracia de asimilar mientras fueron poetas jóvenes.

En este sentido, Carlos Martín, uno de los diez piedracielistas, es un caso típico, y su último libro un buen ejemplo. Como ocurre con diez o más poetas por generación, no hay en este libro torpezas ostensibles; hay oficio de poeta. Como ocurre con diez o más poetas por generación, en Martín también se hallan hermosos versos, incluso hermosos poemas.

Hermosos poemas como los primeros del libro, la primera parte, donde el tono elegíaco alcanza su mayor altura, sin los compromisos del coloquio o de la narración. Porque, aunque antes de Piedra y Cielo, Luis C. López y De Greiff lograron magnífica poesía narrativa, el relato dentro del poema nunca fue el fuerte de los piedracielistas. Cuando Martín siente el deber de la precisión biográfica, sus poemas decaen. Adicto a la enumeración, que hace excesiva su poesía, la narración se recarga por yuxtaposición de elementos, acumulando listas. Pero si la gracia narrativa no es la virtud principal de esta poesía, el tono lírico sí lo es:

*Ahora te contemplo entre violetas
hermoso como el mar
¡oh! difunto con los cabellos verdes
llenos de golondrinas
y los hombros inmóviles de piedra
donde encuentra el misterio su
perdurable apoyo y donde tiembla el*

*llanto como un poco de agua sobre
una escalinata derruida.*

Si el tono elegíaco da sus mejores registros, si la enumeración y la precisión biográfica rompen la calidad lírica de estos poemas, en ellos se observa también —otra característica más o menos constante de la poesía colombiana— una enorme facilidad y gusto por la fulguración de la imagen poética. País de oradores, los tropos se acumulan como enorme arsenal para alimentar una retórica pública y formal. A su medida, los poetas contribuyen en el inocente y arriesgado oficio de indagar el lenguaje; a veces en su jactancioso virtuosismo de sacarles fulgores a las palabras. Lo cierto es que la imagen, la originalidad de la imagen, el brillo de la imagen, continúan hasta hoy como preocupación central de muchos poetas colombianos y, en este sentido, el piedracielismo en general, Carlos Martín en particular, forman parte de una tradición vigente. Acaso los poetas de hoy, por lo menos los que proclaman que la poesía es imagen o no será, inspiren sus imágenes en los demonios, en el miedo, en la noche, y no como Carlos Martín, en “los amigos celestes. La presencia del viento. El ala del crepúsculo”. Pero, acaso, ésta sea la única diferencia, que reivindica cierta vigencia de las principales habilidades piedracielistas.

Además de las elegías, este libro contiene una última parte, con nota preliminar de Belisario Betancur en la que éste cuenta que conoció a Martín “como mi superior jerárquico en una oficina jurídica del ministerio de Educación”. Se trata de poemas de diferentes épocas, en los cuales se ponen de presente las calidades líricas, los tics enumerativos y —como dice Carranza— la “florida, explayada y, a menudo, frondosa palabra poética” de Carlos Martín.

DARÍO JARAMILLO A.